



Las majas del siglo XX. Presidiendo el desfile.

de miles de seres que ríen, charlan, gritan, alborotan, asaltando los coches y autos y aquí tenéis el interminable desfile de los amantes del espectáculo viril que por unas horas, han olvidado todo lo que no sea la corrida.

Para la fiesta del valor, de la belleza y de la gracia, puede decirse que hemos dejado todo nuestro españolismo clásico: para ese momento de emoción, de gentileza y de tragedia, se puede asegurar que hemos hecho reserva de lo único que nadie ha podido arrebataros todavía: para este instante de luz, de alegría y de pasión, ¡bien demostrado está! es para cuando conservamos todo lo que es exclusivo de la España castiza.

Y es ahora, cuando nuestra mujer, esta mujer española, garbosa, fina, de tez mate y morena, pálida y gentil, aparece como *Carmen*, vestida de sedas, calcada de cha-

pinas, y enmarcando la cara—donde sus ojos negros destellan—a las blondas leves de la mantilla de encajes, o entre los madroños rojos del tocado de las manolas del 2 de Mayo.

Va a los toros. Como aquellas nobles damas ante cuya presencia los currutacos del 808 daban lecciones de toreo; como aquella *Amaranta* enamorada de *Pepe-Hillo*, como aquellas bravas chisperas que se burlaban del rey José, la mujer española de hoy, tiene un rinconcito de su espí-

ritu destinado al alojamiento de su entusiasmo por los toros, y cuando va al tendido, ávida de presenciar lances y valentías temerarias,—¡oh pobre moda extranjera y exótica!—se aferra a su tocado español y pasa envuelta en los pliegues del pañolón bordado de flores, y adorna las crenchas de su pelo con claveles rojos.

¡Pero cómo observar a nuestra mujer



Las majas del siglo XX. En el tendido.